

ALAS DE FUTURO

Miguel Rojas.

La ciencia hizo en pocos siglos el milagro que permitió llegar a la luna y explorar lentamente nuestro Sistema Solar y más allá con sofisticados aparatos. Nunca la tecnología fue tan brillante como ahora. Jamás la ciencia tan audaz. Si lo actuado en el mundo por el hombre llevó tantos milenios de subjetivismo, el hombre mismo se encargó de crear las pautas para objetivar el modelo, todo lo creado y adentrarse -paso a paso- al conocimiento de la materia, al comportamiento de la materia, al corazón mismo de la vida.

Pero también había algo en el interior del hombre que lo trajo al juego lúdico del teatro, a imitar y a imitarse, a crearse en acción representada. Creó el teatro, a su imagen y semejanza lo creó, y en su espejo se mira.

Sin embargo, vivimos en un mundo de interacción. Nada está solo, nadie vive aislado en términos de convivencia humana. Por eso, siempre será oportuno, en nuestro caso, preguntarnos por el teatro y su futuro.

Una pincelada del teatro costarricense nos dice que ya a principios del siglo XVIII tenemos muestras en los

archivos eclesiásticos del interés del colono por instalar un lugar donde se hicieran representaciones. Estaba la picazón, y en los caseríos no había como rascársela. Atisbos de esta naturaleza nos traerán hasta el primer tercio del siglo XIX, con intentos de juguetes y pequeñas muestras dramáticas, que no fructifican en un desarrollo continuado que le diera solidez y edad madura.

Intentos más formales llevó a cabo el General salvadoreño, exiliado en Costa Rica, don Vicente Villaseñor, quien en 1837 fundó un teatro, entendiéndose por "lugar" donde se hacían las presentaciones. Apagado éste muy pocos años después, viene el proyecto del Teatro Mora, del todopoderoso hombre de negocios, político y casi vitalicia cabeza de Estado, don Juan Rafael Mora, pero todo recuerdo quedó con su fusilamiento a finales de la década de los cincuenta.

Así seguirán surgiendo ideas y proyectos hasta la construcción de un lugar específico a finales del siglo XIX, su nombre Teatro Variedades -por uno de esos milagros que asombra en la mentalidad termita del costarricense, todavía en pie en 1989-. Finalmente, aparece el Teatro Nacio-

nal, inaugurado en 1897, financiado mayormente con un impuesto que a la fecha hubo que meterle a los oligarcas cafetaleros.

De ahí en adelante, seguirán intentos de muchos escritores locales probando suerte, como don Carlos Gagini, don Ricardo Fernández, a finales y principios del siglo XIX y XX, respectivamente. Pero nunca hubo un apoyo del Estado ni de la empresa privada ni de ninguna luminaria prócer de la patria, ni para el teatro ni para la cultura en su concepto más amplio.

Fue a principios de la década de los años de 1950 en adelante que con la fundación del Teatro Universitario de la Universidad de Costa Rica, alimentado el ideal con el ejemplo modesto de finales de la década anterior por el Little Theatre Group, empieza el arranque de un río que busca mar. Culminando con la creación del Ministerio de Cultura en 1971, y de la Compañía Nacional de Teatro en ese mismo año, con el principal objetivo de difundir el arte teatral por todo el país.

Esta otra parte de la historia nos lleva a un teatro cuyo núcleo central va a estar en la orientación que venía de la Compañía, y escasos intentos de teatro independiente, acorde con la situación del momento. El Estado dio un impulso firme a la actividad teatral, y la Escuela de Artes Dramáticas de la Universidad de Costa Rica, al empezar 1970, sería en definitiva, el primer centro con pretensiones de permanencia en la formación de gente que de alguna manera aprendería teatro, fundamentalmente actores, con un poco de cultura y un poco de conocimientos técnicos, todo estrictamente teatral.

Fue una década de trabajo duro, de ideales inocentes, de bohemia, de soñar y vivir, compartir con

compañeros que traían una larga experiencia de sus culturas en otras latitudes, especialmente de Chile, Argentina y Uruguay, producto de los exilios políticos forzados y otros desesperadamente voluntarios ante situaciones difíciles, o ante el horror y el miedo.

Pero al empezar 1980, dos escuelas de teatro universitarias y un taller adscrito al Ministerio de Cultura, más intentos de consolidar teatro independiente y otros núcleos de efervescencia cultural y teatral, nos bajan de la contemplación para que dolorosamente pasando por disyuntivas en las que no siempre estamos de acuerdo unos con otros, venga la transformación en la conciencia de que el Estado tiene otros intereses, de que algunos nobles propósitos no sean apoyados franca y abiertamente. Hay necesidad de una fortísima dramaturgia nacional, y el trabajo, como en un panal que la Naturaleza ya dio y el hombre tomó en sus manos, ahora le toca organizarlo, no por políticos de turno que buscan exhibirse con el artista, sino por los que ejercen el oficio.

La división del trabajo se hace necesaria. La especialización indispensable. La lista de directores y aspirantes se concentra, los actores tienen su función, el escenógrafo, el vestuarista y demás miembros del aparato técnico. No puede seguirse improvisando. Por supuesto que hay excepciones, como en casi todo.

Al acercarse el final de la década del 80, con diez años de transición sin descanso, una nueva época parece surgir: es el teatro una empresa que debe defenderse con la taquilla? ¿Qué tipo de teatro estamos haciendo?, ¿qué nos gustaría hacer?, ¿qué vamos a hacer en la década de los 90 hasta el año 2000? ¿Y ya en el siglo XXI? ¿Qué perfil definido hemos encontrado por nosotros mismos?

Cada uno tiene la libertad y el derecho natural de seguir su camino, todos queríamos llegar bien, responsablemente bien. A todos los que estamos en esta actividad y la propiciamos, nos gusta su crecimiento y su espíritu ilimitado.

Ante la incertidumbre, frente a la duda, la actitud vital del hombre, única respuesta del teatro por el teatro para el hombre mismo, la sociedad, la permanencia de sus conflictos y vicisitudes internas no resueltas.

Aquí es donde surge un intento serio de algunas abejas teatrales, y el día 29 de julio de 1989, reunidos en la Ciudad de San José, se funda oficialmente la Asociación Cultural Costarricense de Trabajadores del Teatro, con 44 socios fundadores, cuyos fines son la defensa de los siguientes aspectos.

Transcribo los cinco textualmente:

1. Derechos laborales.

2. Desarrollo profesional.

3. Conciencia gremial.

4. Nuevas alternativas de producción teatral-independiente.

5. Defensa y desarrollo del teatro costarricense.

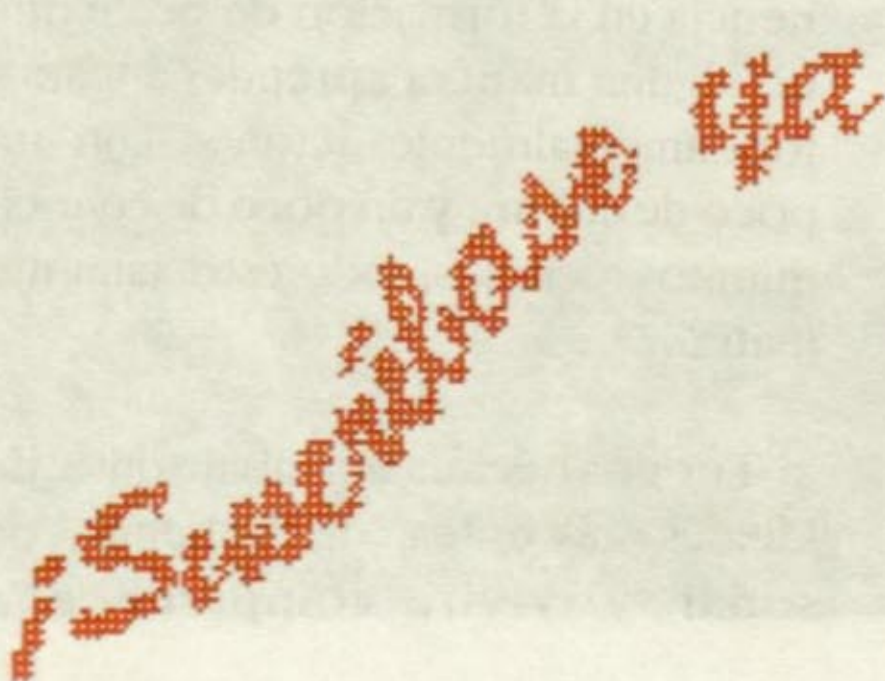
La Asociación, por su naturaleza será de duración indefinida, y se regirá por la Ley de Asociaciones, sus reformas y sus estatutos".

Valga decir que a mediados de los años 70, existió un Sindicato, la llamada U.D.A.C. (Unión de actores costarricenses), que por falta de visión, intromisión de partidismo político y falta de interés de sus miembros, simplemente se diluyó y solita se enterró.

Es de esperar que esta Asociación reciba el apoyo de todos los miembros de la comunidad teatral, que madure y perdure sin límite de tiempo, haciendo los cambios y transformaciones necesarias cuando las circunstancias lo requieran, para una verdadera consolidación del futuro teatral, la cultura y la sociedad costarricense.

Solo expreso un deseo: que su espíritu nos ilumine y nos una, pues somos cada uno por separado, partes de un todo que a todos debería beneficiarnos.

Si perece, será por culpa de sus miembros. Démole vida para siempre.



REVISTA TEATRAL

ESCENA